

logía contra los médicos parisienses. Él contestó negativamente á todas las preguntas, el impresor y los cajistas lo mismo, y hubiera sido imposible probar nada, si al inquisidor Ory no se le ocurriera dictar una carta á Arneys, pidiendo á su primo un ejemplar completo del *Christianismi Restitutio*, para ver si en alguna parte del libro constaba el nombre del autor. La respuesta de Calvino, bajo el nombre de Trie, es un monumento de hipocresía y perfidia, capaz de deshonorar, no sólo á un hombre, sino á una secta: «Cuando os escribía mi carta pasada, nunca creí que las cosas habian de llegar tan lejos..... Pero ya que habeis declarado lo que os escribí pñvadamente, quiera Dios que esto sirva para purgar á la cristiandad de tales inmundicias y pestes. Si tienen esos señores tan buena voluntad como dicen, la cosa no me parece difícil; pues aunque por ahora no os puedo remitir lo que pedís, es decir, el libro impreso, os enviaré una prueba mucho más eficaz, á saber: dos docenas de cartas escritas por Servet, y que contienen una parte de sus herejías. Si se le presentase el libro impreso podría no reconocerle; pero no sucederá así con su escritura. Todavía queda por aquí, no sólo el libro impreso, sino otros tratados de mano del autor; pero os diré una cosa, y es que me ha costado mucho trabajo sacar de manos de M. Calvino lo que os envío ahora, no porque deje él de desear que tan execrables blasfemias sean reprimidas, sino porque le parece que no teniendo él la espada de la justicia, su oficio es convencer á los herejes, más bien que perseguirlos; pero tanto le he importunado, que al fin ha consentido en entregarme esos papeles..... Creo que por ahora teneis bastante para apoderaros de la persona de ese *galán*, y comenzar el proceso. Por mi parte, sólo deseo que Dios abra los ojos á quienes discurren tan mal. Ginebra, 26 de Marzo»¹.

El inquisidor recibió aquellos papeles, pero comprendió bien que, firmados como estaban por Miguel Servet, no servian para convencer á Miguel de Villanueva, ni probaban de ningun modo que fuera autor del *Christianismi Restitutio*, ni que este libro se hubiera impreso en Viena. Nueva carta de Arneys á Trie sobre este punto. Nueva contestación de Trie, ó sea de Calvino, tan infame como las anteriores: «Vereis en la última epistola de las que os he enviado, que él mismo declara su nombre, diciendo llamarse *Miguel Servet alias Reves*, y excusándose de haber tomado el nombre de *Villanueva*, que es el de su patria. Por lo demás, cumpliré, si Dios quiere, la palabra que os he

¹ Vid. D. Artigny, pág. 94. La publicación de este libro fué verdaderamente providencial, pues muchos de estos documentos han perecido después en un incendio.

dado de remitir sus libros impresos, lo mismo que he hecho con las cartas..... Y para que sepais que no es la primera vez que ese desdichado se ha propuesto turbar la paz de la Iglesia, os diré que hace unos veinticuatro años fué expulsado de las principales Iglesias de Alemania. De las cartas de Ecolampádio, la primera y segunda están dirigidas á él con este rótulo: *Servetio Hispano neganti Christum esse Dei filium consubstantialiem Patri*. Melancthon habla tambien de él en algunos pasajes..... En cuanto al impresor, sabemos de cierto que ha sido Baltasar Arnoullet, ayudado por Guillermo Gueroult, su cuñado, y no podrán negarlo. Es posible que la edicion se haya hecho á expensas del autor, y que él tenga ocultos los ejemplares. Ginebra, 31 de Marzo»¹.

Leida esta carta, el inquisidor Ory, previa consulta celebrada en Château-Roussillon con el Cardenal Tournon, el Arzobispo de Viena Paulmier, los Vicarios de los dos arzobispados y muchos teólogos, ordenó la prisión de Miguel de Villeneuve, físico, y de Baltasar Arnoullet, impresor, á la cual procedió el vicebaillio en 4 de Abril, encerrándolos en calabozos separados.

Interrogado Servet en los días 5 y 6 de Abril, persistió en ocultar su verdadero nombre, y no reconocer por obras suyas más que los tratados de medicina y el *Tolomeo*; protestó, con lágrimas en los ojos, que «no habia querido nunca dogmatizar ni sostener nada contra la Iglesia ó la religion cristiana», y que su correspondencia con Calvino habia sido un mero ejercicio dialéctico, hecho *sub sigillo secreti*, en que él habia tomado el nombre de Servet, escritor conocido, y español como él, aunque no se acordaba de qué parte de España.

Las respuestas, como se ve, no podian ser ménos satisfactorias; y aunque los jueces, sobre todo el Arzobispo de Viena, eran hasta cierto punto favorables á la persona del procesado por su saber y felicidad en la medicina, quizá no hubieran podido salvarle. Todo induce á creer que determinaron hacerle puente de plata, y si no prepararon, facilitaron de todas maneras su evasión, permitiéndole pasearse por el jardín de la cárcel, que comunicaba con una plataforma, de donde fácilmente se podía saltar á un patio, cuya puerta estaba de continuo franca y espedita. Para no salir de Viena sin dinero, envió á su criado Perrin al monasterio de San Pedro á pedir al gran prior 300 coronas de oro, que le habia entregado para el preso un M. Saint-André. Recibido este dinero, pidió al carcelero la llave del jardín á

¹ D. Artigny, pág. 95. No copio estas cartas por ser conocidísimas y hallarse en todos los que han tratado de Servet, y aun en la *Vida de Calvino*, de Audin.

las cuatro de la mañana del 7; dejó al pié de un árbol su gorra de terciopelo negro y el vestido que en la prision usaba, saltó al patio, y no paró hasta el puente del Ródano. Sólo dos horas despues se tuvo noticia oficial de su evasion; y aunque se hizo una pesquisa á son de trompetas en los lugares del contorno, todo el mundo creyó en Viena que el Arzobispo y el vicebaillío (á cuya hija habia salvado Servet en una peligrosísima enfermedad) habian amparado su fuga.

El proceso siguió su curso, aunque el pájaro habia volado. Fué descubierta la imprenta clandestina de Arnoullet, y en ella tres cajistas, Straton, Du Bois y Papillon, que lo declararon todo, aunque se defendieron con no saber latin y haber compuesto como máquinas. Fueron embargados los cinco paquetes de ejemplares remitidos á Pedro Merrin, en Lyon, y con ellos y la efigie de Servet se hizo en 17 de Junio de 1553 un auto de fé á la puerta del palacio Delfinal. Arnoullet no sufrió más molestia que una prision, y no larga. Así él, como su cuñado, se disculparon con su ignorancia teológica y con que Servet les habia engañado, haciéndoles creer que su libro era una refutación de las herejías de Lutero y Calvino.

V.—LLEGA SERVET Á GINEBRA.—FASES DEL SEGUNDO PROCESO.—SENTENCIA Y EJECUCION CAPITAL

ESCAPADO Servet de la prision, pensó ante todo volver á España, donde no habian penetrado sus libros antitrinitarios; pero el temor de que le prendiesen antes de llegar á la frontera ¹ le hizo tomar, como más breve, el camino de Italia. Y como ni le sabia ni se atrevia á preguntar á nadie, anduvo errante más de cuatro meses por el Delfinado y la Bresse, hasta que su mala suerte ó su ignorancia de la tierra que pisaba le llevó á Ginebra el 13 de Agosto, hospedándose á la orilla del lago en la hostería de la Rose. Su intencion era tomar una barca é irse á Zurich. Era domingo, y Servet, por una ob-

¹ «Pris le chemin pour aller en Espagne; dempuy il s'en est revenu á cause des gendarmes qu'il craignoit.» (*Calvini Opera*, tomo VIII, col. 749). En el interrogatorio de 23 de Agosto dice Servet que «il estoit venu pour passer dela les montz et non point pour demorer icy, et s'en aller au royaume de Naples la ou sont les Espagnols et vivre avec eux de son art de medecine.» (*Calvini Opera*, tomo VIII, col. 770.)

Como el proceso de Miguel Servet ha sido publicado, extractado y comentado muy bien, y de mil maneras, especialmente por Rilliet, Willis y Roget, será muy sóbrio en la narracion y muy parco de citas. Esta materia ha llegado á convertirse en un lugar comun histórico.

cecacion increíble, ó por no excitar las sospechas de sus huéspedes, fué por la tarde al templo en que predicaba Calvino. Éste le reconoció al momento, le declaró al síndico, y aquella misma tarde le hizo prender.

Esto es lo único que resulta del proceso y de los testimonios contemporáneos, debiendo rechazarse la comun opinion (sostenida aún por Willis) de que Servet habia estado cerca de un mes oculto en Ginebra, y entendiéndose secretamente con los enemigos políticos de Calvino; es decir, con Perrin, Berthelier y sus parciales, que formaban el partido llamado de los Libertinos, adverso á aquella especie de reforma hierocrática introducida en Ginebra por el predicador francés, á quien en esto secundaban todos los extranjeros refugiados por causa de religion. Paréceme que Willis, y antes de él Saisset y otros, han dado excesiva importancia á estas disensiones políticas en la condenacion de Servet, quien, como extranjero que era, y además soñador, extravagante y dado sólo á sus teologías, ni tenia corte de conspirador, ni podia ser la esperanza de ningun partido, aunque sea cierto que los Perrinistas, por oposicion á Calvino, ó quizá compadecidos de la mala suerte del español, hicieron algo por salvarle.

Como la ley de Ginebra exigia que el acusado fuese reducido á prision (hasta que probase su demanda), juntamente con el reo, y sujeto á la pena del Talion, si mentía, Calvino buscó un testafiero que se presentase como acusador, y le encontró en su cocinero Nicolás de La Fontaine: *Nicolaus meus*. Él y Servet comparecieron ante el lugarteniente criminal el 14 de Agosto. Nicolás acusó al aragonés de haber escrito treinta y ocho proposiciones heréticas, y difamado en la persona de Calvino á la Iglesia de Ginebra, escandalizado las Iglesias de Alemania, y huido de la prision de Viena del Delfinado.

El 15 de Agosto, comunicada la informacion hecha por el lugarteniente á los síndicos y al Consejo, y constituido solemnemente el tribunal, La Fontaine presentó demanda formal contra Servet; y los jueces, considerando que *à prima facie* habia evidente criminalidad de parte del acusado, y que sus respuestas no eran satisfactorias, pusieron en libertad bajo fianza al acusador, y mandaron comenzar los procedimientos, y que uno y otro dijeran verdad bajo la pena de 60 sueldos. Servet hizo una declaracion bastante clara y explicita de sus doctrinas, confesó ser anabaptista, y prometió hacer buenas sus palabras en una discusion pública contra Calvino, con textos de la Escritura y argumentos de razon.

El 16 de Agosto La Fontaine se presentó acompañado de Ger-

man Colladon, el *alter ego* de Calvino, asociado por el reformador á su cocinero para que le aconsejara y remediase su ignorancia teológica. Uno de los jueces era Filiberto Berthelier, cabeza de los enemigos de Calvino y de los defensores de las antiguas libertades de Ginebra, y hombre muy respetado por lo íntegro y severo de su carácter. Entre él y Colladon pronto se encendió una violenta disputa, no teológica, sino judicial y de procedimiento, y hubo que levantar la sesión sin que aquel día se pasara de la proposición undécima.

Al día siguiente comparció ya Calvino, muy quejoso de Berthelier, y disputó con el procesado. Se le mostraron dos cartas de Ecolampádio y dos pasajes de los *Lugares Comunes*, de Melancton, como en prueba de que su herejía había sido condenada en Alemania, á lo cual respondió Servet que la desaprobación de esos dos teólogos no implicaba una condenación pública y oficial. Se le objetó lo de la fertilidad de la Palestina en un escólio del *Tolomeo*, y contestó que no hablaba de los tiempos de Moisés, sino del estado actual, y aún pudo añadir que este escólio estaba copiado á la letra del de Pirckheimer, que á nadie había escandalizado en Alemania. También fueron capítulo de acusación las notas á la Biblia de Santes Pagnino, especialmente á los capítulos VII, IX y LIII de Isaías, cuyas profecías interpreta en sentido literal, y refiriéndolas á Ciro y no á Cristo. «Lo principal (dijo Servet) debe entenderse de Cristo; pero en cuanto á la historia y á la letra, se ha de entender de Ciro.» Pero Calvino insistía, y esta vez con plena razón: «¿Cómo han de entenderse de Ciro estas palabras: *Vere languores nostros ipse tulit, dolores nostros ipse portavit, afflictus est propter peccata nostra?*»

De aquí se pasó á la cuestión de la Trinidad. Servet dijo que no admitía *distinción real*, sino *formal*, *dispensaciones* ó *modos*, y no *personas*, en la esencia divina, y porfiaba en sostener que tal había sido la opinión de San Ignacio, San Policarpo y demás Padres apostólicos. Calvino le arguyó sobre su panteísmo: «¿Crees, infeliz, que la tierra que pisas es Dios?» Y él respondió: «No tengo duda de que este banco, esa mesa y todo lo que nos rodea, es de la sustancia de Dios.—Entonces (dijo Calvino) también lo será el diablo.»—«¿Y lo dudas? (prosiguió impertérrito Servet); por mi parte, creo que todo lo que existe es partícula y manifestación sustancial de Dios.»

Los protestantes más ó menos ortodoxos, que de ninguna suerte quieren panteístas á Servet, han negado la exactitud de este diálogo, fundados en que no se lee en el proceso, sino en un libro de Calvino (*Déclaration pour maintenir la vraie foy*); pero después de tan claras y

explícitas fórmulas panteísticas como hemos leído en el *Christianismi Restitutio*, ¿qué tiene de extraña ni de inverosímil esta escena?

Calvino presentó, para que se uniera á los demás documentos del proceso, un ejemplar de sus propias *Instituciones*, anotadas de mano de Servet. Aquí comienza la segunda fase del proceso, pues encontrando los jueces bastante culpabilidad en Servet, levantaron la fianza á Nicolás de La Fontaine, y encargaron de la prosecución de la causa al procurador general de Ginebra, Cláudio Rigot.

En la audiencia de 21 de Agosto presentan los acusadores una carta de Arnoullet á su amigo Berket, en que dice haber sido engañado para la publicación de aquel libro, cuya total destrucción anhelaba.

Calvino escribe á los ministros de Francfort para que recojan los ejemplares que allí hubiere del *Christianismi Restitutio*, y muestra esperanzas de que el autor sea pronto condenado y muerto. El mismo día prosigue su disputa con Servet sobre la inteligencia que los antiguos Padres habían dado al dogma de la Trinidad. Y como citase Servet algunos libros que no había á mano, mandan los jueces que se compren á costa del procesado, quien pide además papel, tinta y plumas.

Servet presenta el 22 de Agosto su primera reclamación á los *magníficos señores de Ginebra*: «Digo humildemente que es una nueva invención, ignorada de los apóstoles y discípulos de la Iglesia antigua, perseguir criminalmente por la doctrina de la Escritura, ó por cuestiones que dependen de ella.... Por lo cual, siguiendo la doctrina de la antigua Iglesia, en que sólo la punición espiritual era admitida, pido que se dé por nula esta acusación criminal. En segundo lugar, señores, os ruego que consideréis que ni en vuestra tierra, ni fuera de ella, he ofendido á nadie, ni he sido sedicioso ó perturbador. Porque las cuestiones que trato son muy difíciles y para gente sabia, y en todo el tiempo que estuve en Alemania no hablé de ellas más que con Ecolampádio, Bucer y Capiton, y en Francia con nadie. Además, he reprobado siempre y repruebo las sediciones de los anabaptistas contra los magistrados, y el querer que todas las cosas sean comunes. En tercer lugar, señores, como soy extranjero, y no sé las costumbres del país ni la manera de proceder en juicio, pido que se me dé un procurador que hable por mí. Si esto haceis, el Señor prosperará vuestra república.» Estas peticiones fueron en vano.

El día 23 presenta el procurador general una serie de artículos, so-

bre los cuales desea que se interroge á Servet, relativos casi todos más á su persona que á sus doctrinas. ¿Por qué no se habia casado? ¹. ¿Por qué habia leído el *Korán*? ¿Si habia sido arreglada ó disoluta su vida? ¿Si habia estado preso en alguna parte más que en Viena? Todo esto no podia ser más impertinente, y á Servet le costó poco trabajo responder que «pensaba haber vivido como cristiano, teniendo celo de la verdad y estudio de las Sagradas Escrituras». Y en cuanto á la opinion contra el bautismo de los párvulos, único cargo de doctrina que el procurador hacia, promete abjurarla si se le demuestrara que ha errado en ella.

La moderacion de Servet, y el tino con que respondia á las preguntas, hicieron buena impresion en el ánimo de los jueces, y contrastaban además con la intemperancia de Calvino y sus parciales, que en las plazas y en los púlpitos no cesaban de execrar y maldecir al pobre español. Y temiendo que sus peticiones hicieran alguna mella en el tribunal, Calvino inspiró al procurador Rigot una respuesta seca y contundente, en la cual sin ambages se defiende el derecho de castigar al hereje con la pena capital, se invoca la legislación de Justiniano, y hasta se niega un abogado á Servet, como si estuviera fuera del derecho comun.

Los magistrados de Ginebra habian dado cuenta á los de Viena de la prision del reo, y éstos solicitaron que se les entregase; pero Servet se arrojó á los piés de los síndicos ginebrinos, y con lágrimas en los ojos les rogó que no le enviasen á una muerte cierta. ¿Quién sabe si el ir á manos de su antiguo señor el Arzobispo le hubiera salvado!

En 1.º de Setiembre se recibe una carta del lugarteniente del Delinado M. Maugiron, pidiendo que se interroge á Servet sobre los deudores que tenia en Francia, porque el fisco régio se habia apoderado de sus bienes y queria cobrar aquellos créditos. Servet se negó á toda declaracion sobre este punto, y M. Maugiron y demás curiales no tuvieron el gusto de repartirse sus despojos.

Crecia con esto en Ginebra la simpatía por Servet, y los jueces, inclinándose cada vez más á la tolerancia, decidieron que Calvino y otros ministros le visitasen en su calabozo y procurasen convencerle; pero tal diligencia fué inútil, porque Servet estaba furioso, y en todo pensaba ménos en convertirse ni en oír á Calvino, que era para él, y con razon harta, el más antipático de los misioneros.

¹ Á esto contesta Servet: «C'est pour ce qu'il ne se sentoit pas potent veu qu'il est coppe d'ung costé et de l'autre est rompu».

Frustrado este medio, determinaron los jueces dirigir una consulta á las Iglesias reformadas y á los Consejos de los cuatro cantones protestantes (Berna, Basilea, Zurich y Schaffausen), como se habia hecho dos años antes en el proceso de Jerónimo Bolsec. Quizá este pensamiento nació del mismo Servet (Calvino así lo afirma); pero no sirvió más que para precipitar su ruina. El tribunal encargó á Calvino, como trabajo preliminar para esa consulta, extractar de las obras del procesado las más notables proposiciones heréticas y calificarlas. Este trabajo duró cerca de quince dias, y entre tanto se detuvo el proceso; ardian las disensiones en Ginebra, y Calvino llegó á excluir de la Sagrada Cena á muchos del partido de Berthelier, como impios y excomulgados.

Al cabo se presentaron el 15 de Setiembre treinta y ocho artículos, escogidos de las obras del procesado, y que contenian sumariamente su doctrina acerca de la Trinidad, la esencia omniforme de Dios, el Logos y el Espíritu Santo, la filiacion de Cristo, la Encarnacion, los ángeles, el bautismo de los párvulos y la regeneracion. Se dió copia de ellos á Servet, que fué contestándolos uno á uno, razonando la réplica con injurias contra Calvino, lo cual sirvió sólo para empeorar su causa. Se ratificó pertinacisimamente en sus herejías, con entereza digna de mejor empleo, y hasta trató de justificarlas con pasajes de Tertuliano, San Ireneo y San Clemente Papa. Obstínase, sobre todo, en lo de la distincion *formal ó ideal*, que era el núcleo de su sistema unitario, aunque procura templar algunas proposiciones panteísticas.

Calvino trabajó una *Brevis refutatio errorum et impietatum Michaelis Serveti a Ministris Ecclesiae Genevensis magnifico Senatui, sicuti jussi fuerant, oblata*. Con lo cual Servet acabó de perder el juicio, y en las notas interlineales que puso á esta refutacion se desató contra el predicador de Ginebra, llamándole *Simon Magus, sicophanta, impostor, perfidus, nebulo, mus ridiculus, cacodaemon*. «En causa tan justa (añadía) persisto constante y no temo la muerte.» Y á mayor abundamiento, en una carta latina que por entonces se atrevió á dirigir á su mortal enemigo, le echa en cara su ignorancia filosófica, que le hacia desconocer el gran principio de que *toda accion tiene lugar por contacto*.

En 15 de Setiembre habia escrito á los jueces: «Humildemente os suplico que abrevieis estas dilaciones y me declareis exento de culpa. Calvino se ha propuesto, sin duda, hacer que me consuma en la prision. Las pulgas me comen vivo, mis calzas están desgarradas, y no tengo camisa que mudarme. Os presenté una demanda conforme á la

ley de Dios, y Calvino os responde con las leyes del emperador Justiniano, alegando contra mí lo que él mismo no cree. Cinco semanas hace que me tiene aquí encerrado, y todavía no me ha citado ningún texto de la Escritura que lo autorice. Os había yo pedido un procurador ó abogado, porque soy extranjero, ignorante de las costumbres del país, y no puedo defender yo mismo mi causa. Y sin embargo, á él le habeis dado procurador y á mí no..... Os requiero que mi causa sea llevada al tribunal de los Doscientos, y si puedo apelar á él, desde luego apelo, y protesto de todo, pidiendo la pena del Talion contra mi primer acusador y contra Calvino, su amo, que ha tomado la causa por su cuenta.»

Pero ni Calvino ni los ministros de Ginebra tenían entrañas, ni son fáciles de aplacar los ódios teológicos, y ménos en los que blasonan de tolerancia. La única y dudosa esperanza de salvacion para Servet estaba en la consulta á las Iglesias suizas, y este camino cuidó de cerrárselo el implacable heresiarca escribiendo de antemano á los Pastores de dichas Iglesias, especialmente á Enrique Bullinger, Pastor de Zurich ¹, é indicándoles los términos en que habian de responder á la consulta que, á pesar de él (*nobis quidem reclamantibus*), les iban á hacer los magistrados. «Han llegado (dice) á tal extremo de demencia y furor, que tienen por sospechoso todo lo que decimos; así es que, aunque yo defendiera que el sol alumbraba, no lo creerian.» ¡Sin duda temia aquel malvado que se le iba á escapar su presa de entre las manos! Y á Sulzer, Pastor de Basilea, escribía en 19 de Setiembre: «Presumo que no te será desconocido el nombre de Servet, que hace veinte años está infestando el mundo cristiano con sus viles y pestilentes doctrinas. Es aquél de quien Bucero, de santa memoria, fiel ministro de Dios y hombre de apacible condicion, declaró que «merecía que le hiciesen pedazos». Desde entonces no ha cesado de derramar su veneno, y ahora acaba de imprimir en Viena un gran volúmen atestado de esos mismos errores. Cuando la impresion fué divulgada, se le encarceló allí; pero escapado de la prision, no sé por qué medios, se dirigía á Italia, cuando su mala fortuna le trajo á esta ciudad, donde uno de los síndicos, á instigacion mia, le hizo arrestar..... He hecho cuanto he podido para detener el contagio, y castigar á este hombre indómito y obstinado; pero veo con dolor la indiferencia de los que ha armado Dios con la espada de la justicia para

¹ Vid. la correspondencia de Calvino publicada por Cunitz y Reuss. La carta de Calvino es de 7 de Setiembre; la de Bullinger es de 14 de Setiembre de 1553. (*Calvini Opera*, tomo XIV, col. 611 y sigs.)

vindicar la gloria de su nombre. ¡Que no se libre ese impío de la muerte que para él deseamos! (*Ut saltem exitum quem optamus non efugiat.*)» ¡Y lo notable, lo absurdo y escandaloso en esta carta es que Calvino la cierra quejándose amargamente de que se quemaba á los calvinistas en Lyon y otras partes de la Francia católica!

En Neufchatel, donde era Pastor Guillermo Farel, el más devoto y fiel de sus amigos, no podía dudar Calvino del resultado; pero así y todo no se descuidó de asegurarle con otra carta: «Ya tenemos un nuevo negocio con Servet, decia (*Jam novum habemus cum Serveto negotium*)..... Mi criado Nicolás se presentó como acusador contra él..... En su interrogatorio no dudó en decir que en el diablo residía la divinidad..... Espero que será condenado á pena capital (*Spero capitale saltem fore judicium*); pero quisiera mitigar la crueldad del castigo» ¹. ¡Lágrimas de cocodrilo!

Farel le contestaba: «Es particular providencia de Dios la que ha llevado á Servet á esa ciudad..... Los jueces serán despreciadores de la doctrina de Cristo, enemigos de la verdadera Iglesia y de su piadosa doctrina, si aprueban insensibles las blasfemias de tal hereje..... En lo de desear que se mitigue la crueldad del castigo, te muestras amigo del que siempre ha sido tu enemigo mayor. Hay algunos que dicen que los herejes no deben ser castigados: ¡como si no hubiera diferencia entre el oficio del Pastor y el del magistrado!» Y sólo se mostraba algo indulgente para el caso en que Servet consintiera en abjurar su doctrina, *sirviendo de edificación á los espectadores*.

Aunque el proceso se alargaba ilegalmente y contra las leyes de Ginebra, y el pobre Servet yacía sobre un monton de paja, devorado por la miseria, hasta el 21 de Setiembre no se formuló la consulta á las cuatro Iglesias. «Tenemos preso (eran las palabras del documento) á un hombre llamado Miguel Servet, que ha escrito y publicado ciertas obras sobre las Sagradas Escrituras, que, á nuestro parecer, contienen materias nada conformes con la palabra de Dios y la evangélica doctrina. Nuestros ministros han redactado contra él ciertos artículos, á los cuales ha respondido, tornando á contestar los nuestros. Os remitimos los escritos de uno y otros para que deis por el mismo mensajero vuestra opinion y juicio..... No creais por esto que tenemos desconfianza alguna de nuestros ministros.» Este último párrafo era inspirado sin duda por Calvino.

Mientras venia la respuesta, Servet, cuya paciencia se iba agotando, dirigió en 22 de Setiembre estas dos peticiones á sus jueces:

¹ Vid. *Theaurus Epistolicus Calvini*, de Cunitz y Reuss, fól. 591 vto.

«Estoy detenido en accion criminal de parte de Juan Calvino, que me ha acusado falsamente de haber escrito:

»1.º Que las almas eran mortales.

»2.º Que Jesucristo no habia tomado de la Virgen María más que la cuarta parte de su cuerpo.

«Estas son cosas horribles y execrables. Entre todas las herejías y crímenes, ninguno hay tan grande como hacer al alma mortal; porque en todos los otros hay esperanza de salvacion, pero no en éste, pues el que tal dice no cree que haya Dios, ni justicia, ni resurreccion, ni Jesucristo, ni Sagrada Escritura, ni nada; sino que todo muere, y que el hombre y la bestia son una misma cosa. Si hubiese dicho ó escrito esto, yo mismo me condenaria á muerte.

«Por lo cual, señores, pido que mi falso acusador sea condenado á la pena del Talion, y que esté preso, como yo, hasta que la causa sea definida por mi muerte ó por la de él, ó por otra pena. Y me someto á la dicha pena del Talion, y soy contento de morir si no le convenio de ésta y de las demás cosas que especificaré despues. Os pido justicia, señores, justicia, justicia, justicia.

»Miguel Servet, en causa propia.»

Y luego formula sus cargos contra Calvino.

»1.º Si el mes de Marzo próximo pasado hizo escribir por medio de Guillermo Trie á Lyon, diciendo muchas cosas de Miguel Servet, ó Villanovano. Cuál era el contenido de esa carta, y por qué la escribió.

»2.º Si con la dicha carta envió la mitad del primer cuaderno del libro de Servet, en que estaba el principio y la tabla del *Christianismi Restitutio*.

»3.º Si todo esto no fué enviado para que lo vieran los oficiales de Lyon, y persiguieran á Servet, como en efecto sucedió.

»4.º Si unos quince dias despues de esa carta envió por el mismo Trie más de veinte epístolas en latin que Servet habia escrito, y las envió para que más seguramente fuera acusado y convencido Servet, como en efecto sucedió.

»5.º Si no sabe que á causa de dicha acusacion Servet ha sido quemado en efigie y confiscados sus bienes, y hubiese sido quemado vivo si no escapa de la prison.

»6.º Si sabe que no es propio de un ministro del Evangelio ser acusador criminal, ni perseguir judicialmente á un hombre hasta la muerte.

»Señores, hay cuatro razones grandes é infalibles para condenar á

Calvino. La primera, porque la materia de doctrina no está sujeta á acusacion criminal.... La segunda, porque es falso acusador, como lo muestra la presente demanda, y se probará fácilmente por la lectura de su libro. La tercera, porque quiere con frívolas y calumniosas razones oprimir la verdad de Jesucristo. La cuarta, porque sigue en gran parte la doctrina de Simon Mago, contra todos los Doctores que ha habido en la Iglesia. Y como mago que es, debe, no sólo ser condenado, sino exterminado y lanzado de esta ciudad, y sus bienes adjudicados á mí, en recompensa de los míos, que él me ha hecho perder.»

Yo no veo en esta carta (por más que diga Willis) influencia de Perrin ni de Berthelier, ni un plan calculado contra Calvino, sino un grito de despecho que arrancaba del alma solitaria y exasperada de Servet, incierto de su suerte en aquellos eternos dias de su prison. Y al ver que no se daba respuesta alguna á sus peticiones, escribió, en 10 de Octubre, su última y brevísima carta, capaz de arrancar lágrimas á un risco:

«Magníficos señores:

«Hace tres semanas que deseo y pido una audiencia, y no quereis concedérmela. Por amor de Jesucristo os ruego que no me refuseis lo que no se negaria á un turco. Os pido justicia, y tengo que decir cosas graves é importantes.... Estoy peor que nunca. El frio me atormenta, y con él las enfermedades y otras miserias que tengo vergüenza de escribir. Por amor de Dios, señores, tened compasion de mí, ya que no me hagais justicia.

»Miguel Servet, solo, pero confiado en la proteccion segurísima de Cristo.»

El 19 de Octubre volvió el mensajero con las respuestas de las Iglesias, que eran como Calvino podia desearlas, aunque no del todo explícitas, por un resto de pudor en aquellos ministros. Berna respondió: «El Señor os dé espíritu de prudencia y sabiduría, para que libreis á nuestra Iglesia de esa peste». Zurich: «La Providencia os presenta buena ocasion para vindicaros y vindicarnos del cargo de ser poco diligentes en la persecucion de los herejes». Schaffausen: «No dudamos que con prudencia impedireis que las blasfemias de Servet gangrenen el cuerpo cristiano. Usar con él largos razonamientos seria lo mismo que disputar con un loco.» Y finalmente, Basilea: «Usareis, para curarle de sus errores y remediar los escándalos que ha ocasionado, todos los medios que la prudencia os dicte; pero si es incurable, debéis recurrir á la potestad que teneis de Dios,

para que no torne á inquietar la Iglesia de Dios ni añada nuevos crímenes á los antiguos».

Aunque los ministros suizos se habían resistido á pronunciar la palabra *muerte*, temerosos de que aquella sangre cayera sobre sus cabezas, Calvino entendió las cartas á su modo, é impuso su interpretación á los magistrados. No todos, sin embargo, asintieron á aquella infamia. La discusión duró tres días. Algunos se inclinaban al destierro ó á la reclusión. El más decidido en favor de Servet era el primer síndico, Amadeo Perrin, que pidió que la causa se llevase al tribunal de los Doscientos. «Nuestro César cómico (dice despreciativamente Calvino), despues de haberse fingido enfermo tres días, fué al tribunal y quiso salvar á este infame—*istum sceleratum*—de la muerte.» (Carta á Farel, 26 de Octubre.) El partido de los *clericales* venció al de los *libertinos*, y el mismo día 26 se dió la sentencia de muerte en hoguera contra Servet. Calvino quiere persuadirnos que él se opuso á la pena de fuego por ser la que usaban los papistas.

La noticia cayó sobre Servet como un rayo: nunca había pensado él que las cosas llegasen tan lejos. Calvino, con saña de antropófago, cuenta que «mostró Servet una estupidez de béstia bruta cuando se le vino á anunciar su muerte. Así que oyó la sentencia, se le vió con los ojos fijos como un insensato, ora lanzar profundos suspiros, ora auallar como un furioso. No cesaba de gritar en lengua castellana: ¡*Misericordia!* ¡*Misericordia!*» Y aquí es ocasion de exclamar con Castalion, en su libro contra Calvino: «Tambien tiembla el guerrero en presencia de la muerte, y este terror no es de béstia. Tambien suspiró Ezechías cuando se le vino á anunciar una muerte ménos cruel que la que se destinaba á Servet..... Y Cristo mismo, ¿no clamó desde el árbol de la cruz: «¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has «abandonado?»

Noble fué, en verdad, la muerte de Servet, y digna de mejor causa. Así que recobró la tranquilidad y el dominio de sí mismo, pidió ver á Calvino, y éste se presentó en la prision, acompañado de dos consejeros, en la madrugada del 27 de Octubre. «¿Qué me quieres?» le preguntó.—«Que me perdones si te he ofendido», fué su respuesta.—«Dios me es testigo, dijo Calvino, de que no te guardo rencor, ni te he perseguido por enemistad privada, sino que te he amonestado con benevolencia y me has respondido con injurias. Pero no hablemos de mí: de quien debes solicitar perdon es del eterno Dios, á quien tanto has ofendido.» Pero Servet no pensaba en retractaciones.

Poco despues se presentó en la cárcel el lugarteniente criminal Tissot, acompañado de otros oficiales y de gente de armas, y ordenó al reo que le siguiese. Cuando llegaron delante del pórtico del Hotel de Ville, donde estaba reunido el tribunal, dióse lectura de la sentencia, que en su última parte decia así: «Nosotros, síndicos, jueces de las causas criminales en esta ciudad, visto el proceso hecho y formado ante nosotros á instancia de nuestro procurador criminal, contra tí, Miguel Servet, de Villanueva, en el reino de Aragon, en España, por el cual y por tus voluntarias confesiones en nuestras manos hechas, y muchas veces reiteradas, y por los libros presentados ante nosotros, consta y resulta que tú, Servet, has enseñado doctrina falsa y plenamente herética, despreciando toda amonestacion y correccion, y la has divulgado con maliciosa y perversa obstinacion en libros impresos contra Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y contra los verdaderos fundamentos de la Religion cristiana, tratando de introducir perturbacion y cisma en la Iglesia de Dios, por lo cual muchas almas se han arruinado y perdido: cosa horrible y espantosa, escandalosa é infectante: sin haber sentido horror ni vergüenza en levantarte contra la Majestad divina y Sagrada Trinidad..... Caso y crimen de herejía grave y detestable, y que merece el último castigo corporal. Por estas causas y por otras justas que á ello nos mueven, deseosos de purgar la Iglesia de tal peste y cortar de ella un miembro podrido; prévia consulta con nuestros conciudadanos, é invocando el nombre de Dios para administrar recta justicia; sentados en el tribunal donde se sentaron nuestros mayores, y abierto ante nosotros el libro de las Sagradas Escrituras, decimos:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por esta nuestra definitiva sentencia que damos aquí por escrito, condenamos á tí, Miguel Servet, á ser atado y conducido al lugar de Champel y allí sujeto á una picota, y quemado vivo juntamente con tus libros, así de mano como impresos, hasta que tu cuerpo sea totalmente reducido á cenizas, y así acabarás tu vida, para dar ejemplo á todos los que tal crimen quisieren cometer.»

Oida la terrible sentencia, el ánimo de Servet flaqueó un punto, y cayendo de rodillas, gritaba: «¡El hacha, el hacha, y no el fuego!... Si he errado, ha sido por ignorancia..... No me arrastreis á la deseperacion.» Farel aprovechó este momento para decirle: «Confiesa tu crimen, y Dios se apiadará de tus errores.» Pero el indomable aragonés replicó: «No he hecho nada que merezca muerte. Dios me perdone, y perdone á mis enemigos y perseguidores.» Y tornando á

caer de rodillas, y levantando los ojos al cielo, como quien no espera justicia ni misericordia en la tierra, exclamaba: «¡Jesús, salva mi alma! ¡Jesús, hijo del eterno Dios, ten piedad de mí!»

Caminaron al lugar del suplicio. Los ministros ginebrinos le rodeaban procurando convencerle, y el pueblo seguía con horror, mezclado de conmiseración, á aquel cadáver vivo, alto, moreno, sombrío, y con la barba blanca hasta la cintura. Y como repitiera sin cesar en sus lamentaciones el nombre de Dios, díjole Farel: «¿Por qué Dios y siempre Dios?»—«¿Y á quién sino á Dios he de encomendar mi alma?» le contestó Servet.

Habían llegado á la colina de Champel, al *Campo del Verdugo*, que aún conserva su nombre antiguo, y domina las encantadas riberas del lago de Ginebra, cerradas en inmenso anfiteatro por la cadena del Jura ¹. En aquel lugar, uno de los más hermosos de la tierra, iban á cerrarse á la luz los ojos de Miguel Servet. Allí había una columna, hincada profundamente en el suelo, y en torno muchos haces de leña, verde todavía, como si hubieran querido sus verdugos hacer más lenta y dolorosa la agonía del desdichado. «¿Cuál es tu última voluntad? le preguntó Farel. ¿Tienes mujer ó hijos?» El reo movió desdeñosamente la cabeza. Entonces el ministro ginebrino dirigió al pueblo estas palabras: «Ya veis cuán gran poder ejerce Satanás sobre las almas de que toma posesion. Este hombre es un sábio, y pensó sin duda enseñar la verdad; pero cayó en poder del demonio, que ya no le soltará. Tened cuidado que no os suceda á vosotros lo mismo.»

Era medio día. Servet yacía con la cara en el polvo, lanzando espantosos aullidos. Despues se arrodilló, pidió á los circunstantes que rogasen á Dios por él, y sordo á las últimas exhortaciones de Farel, se puso en manos del verdugo, que le amarró á la picota con cuatro ó cinco vueltas de cuerda y una cadena de hierro, le puso en la cabeza una corona de paja untada de azufre, y al lado un ejemplar del *Christianismi Restitutio*. En seguida, con una tea prendió fuego en los haces de leña, y la llama comenzó á levantarse y envolver á Servet. Pero la leña, húmeda por el rocío de aquella mañana, ardía mal, y se había levantado además un impetuoso viento, que apartaba de aquella direccion las llamas. El suplicio fué horrible: *duró dos horas*, y por largo espacio oyeron los circunstantes estos desgarradores gritos de Servet: «¡Infeliz de mí! ¿Por qué no acabo de morir? Las doscientas coronas de oro y el collar que me robásteis, ¿no os bastaban para comprar la leña necesaria para consu-

¹ Vid. Chéreau, *Michel Servet*.

mirme? ¡Eterno Dios, recibe mi alma! ¡Jesucristo, hijo de Dios eterno, ten compasion de mí!»

Algunos de los que le oían, movidos á compasion, echaron á la hoguera leña seca, para abreviar su martirio. Al cabo no quedó de Miguel Servet y de su libro más que un monton de cenizas, que fueron esparcidas al viento. ¡Digna victoria de la *libertad cristiana*, de la tolerancia y del libre exámen!

La Reforma entera empapó sus manos en aquella sangre: todos se hicieron cómplices y solidarios del crimen; todos, hasta el dulce Melancthon, que felicitaba á Calvino por el santo y memorable ejemplo que con esta ejecucion habia dado á las generaciones venideras, y añadía: «Soy enteramente de tu opinion, y creo que vuestros magistrados han obrado conforme á razon y justicia haciendo morir á ese blasfemo». (*Pium et memorabile ad omnem posteritatem exemplum!*) Aquella iniquidad no es exclusiva de Calvino (diremos con el Pastor protestante Tollin, á quien la fuerza de la verdad arranca esta confesion preciosa): *es de todo el protestantismo, es un fruto natural é inevitable del protestantismo de entonces. No es Calvino el culpable: es toda la Reforma* ¹.

Alguna voz se levantó, sin embargo, á turbar esta armonía, y Calvino juzgó conveniente justificarse en un tratado que publicó simultáneamente en francés y en latin el año siguiente de 1554, con los títulos de *Déclaration pour maintenir la vraye foy et Defensio orthodoxae fidei de sacra Trinitate contra prodigiosos errores Michaelis Serveti* ², en que defiende sin ambages la tesis de que al hereje debe imponerse la pena capital, y procura confirmarlo con textos de la Escritura y sentencias de los Padres, con la legislacion hebrea y el Código de Justiniano; y en medio de impugnar, no sin acierto y severidad teológica, los yerros antitrinitarios de Servet, prorrumpe contra él en las más socces diatribas (*chien, meschant*, etc.), intolerables siempre tratándose de un muerto, y más en boca de su matador, y más á sangre fria; y se deleita con fruicion salvaje en describir los últimos momentos de su víctima. No recuerdo en la historia ejemplo de mayor barbarie, de más feroz encarnizamiento y pequeñez de alma.

¹ *Michel Servet Portrait-caractère*. (Traduccion francesa de 1873, pág. 10.)

² *Déclaration pour maintenir la vraye foy que tiennent tous Chretiens de la Trinité des Personnes en un seul Dieu. Par Jean Calvin. Contre les erreurs de Michel Servet, Espagnol; ou il est aussi monstré qu'il est licite de punir les hérétiques; et qu'à bon droit ce meschant a esté executé par justice en la Ville de Genève. Chez Jean Crespin. A Genève, 1554. (356 págs. en 8.º)*

—*Defensio orthodoxae fidei de sacra Trinitate contra prodigiosos errores Michaelis Serveti, Hispani, ubi ostenduntur adrefticos jure glazii coercentos, et nominatim de homine hoc tam impio, juste et merito supplicium Genavae fuisse supplicium, per Johannem Calvinum. Apud Olivum Roberti Stephani. (En 8.º)*

Entre las voces aisladas que protestaron contra los actos y la defensa de Calvino, debe citarse á David Bruck (David Joris), ministro de una congregacion de anabaptistas, que tuvo valor para llamar á Servet *varon bueno y piadoso*, en una carta á las Iglesias suizas; al anónimo autor del *Dialogus inter Vaticanum et Calvinum* (atribuido con poco fundamento á Sebastian Castalion), ingeniosísima obrilla lucianesca; á Martin Bell, ó quien quiera que sea el que, oculto con este nombre, publicó en Magdeburgo el tratado *De haereticis an sint persequendi*¹, abogando por la tolerancia; y al italiano Mino Celso de Siena, que, en su elegante tratado *De haereticis capitali supplicio afficientibus*, excedió con mucho á todos los que habian sostenido la misma causa. Teodoro Beza respondió con poca fortuna á este Celso y á Martin Bell. Hoy hasta los más fanáticos calvinistas han abandonado por imposible la defensa de Calvino.

VI.—CONSIDERACIONES FINALES

AL fué Servet. Ni sobre su doctrina ni sobre su carácter han de quedar muchas dudas á mis lectores. Tollin ha hecho de él un retrato moral, que ni es muy artístico, ni es del todo verdadero. Le ha convertido en un santo..... un santo sociniano; no ha visto en él más que á un místico abrasado de amor divino y devorado por espirituales y suprasensibles ardores; ha querido defenderle de la nota de panteista; le ha dado ese misticismo dulzazo y empalagoso que caracteriza á las comuniones protestantes, sobre todo en Alemania, y ha hecho de él un tipo de fantasía, soñador, melancólico, quejumbroso y profeta, siempre absorto en la lectura de la Biblia. Este Servet, así refundido y acicalado, hará, á no dudarle, las delicias de la mujer y de las hijas del buen Pastor de Magdeburgo, y de la *accomplished lady*, que le ha traducido al inglés; pero dista *todo coelo* del Servet de la realidad, que al cabo no habia nacido en las orillas del Rin, sino en las del Ebro, y era, en suma, un estu-

¹ *De haereticis an sint persequendi et omnino quomodo sit cum eis agendum, doctorum virorum, tam veterum, iam recentiorum, sententiae.* Magdeburgi, 1554. (En 12.º)

— *Mini Celsi Senensis de Haereticis capitali supplicio afficientibus adjectae sunt Theodori Bezae, ejusdem argumenti et Andraee Dudithi epistolae duae contrariae.* (En 8.º)

Aún hay otro opúsculo anónimo:

Contra libellam Calvini quo ostendere conatur haereticos jure gladii coercendos. (Sin lugar.) 1554.

dante español del siglo XVI, que habia perdido el juicio en materias de Teología, pero que conservaba muchas de las buenas cualidades y todos los defectos de la raza. Espíritu aventurero, pero inclinado á grandes cosas, pasó como explorador por todos los campos de la ciencia, y en todos dejó algun rastro de luz. Inteligencia sintética y unitaria, llevó el error á sus últimas consecuencias, y dió en el panteísmo, como todos los herejes españoles cuando discurren con lógica. Fantasía meridional, dió vivísimo colorido á sus ensueños teológicos, se creyó iluminado, pero *plásticamente*, y vió á Jesús *cabalgando en la cuadriga de Ezequiel y entre los mirlos de Zacarías*. Campeón de la libertad humana y de la eficacia de las obras, hirió de muerte el sistema antropológico de la Reforma. Aquella sombría tristeza de Witemberg no era para su alma, toda luz, vida y movimiento. Hábil en la disputa, más que paciente en la observacion, corrieron sus años en el tumulto de las escuelas entre controversias, litigios y cuchilladas. Ardiente de cabeza y manso de corazón, generoso y leal con sus enemigos, hasta con el mismo Calvino, no fué ni pudo ser; sin embargo (como Tollin supone), un *hombre pacífico, sábio y erudito, que prefirió el silencio de su gabinete á los ruidos de la plaza pública*. Ese ideal *bourgeois* es el de un profesor ó pastor alemán de nuestros dias; pero en ninguna manera el de Miguel Servet, extremo en todo, volutario é inquieto, errante siempre, como el judío de la leyenda, *espíritu salamandra, cuyo centro es el fuego*, frase feliz del mismo Tollin.

Y si del carácter pasamos á la doctrina (ya antes expuesta con la amplitud que este libro consiente), bastará fijarnos en dos ó tres puntos, para comprender su verdadero alcance y la relacion que tiene con más antiguos y más modernos extravíos del entendimiento humano.

Así, pues, Servet es unitario, porque para él las personas de la Trinidad no son más que *modos ó dispensaciones* de la esencia divina; y en tal concepto desciende de las antiguas sectas gnósticas, de los Sabelianos y *Patripassianos*, que (como dice Eusebio de Cesarea) no acertaron á distinguir entre esencia y persona, entre sustancia y subsistencia; de nuestros Priscilianistas, que admitían tres vocablos, pero una sola persona; y, finalmente, de Paulo de Samosata y de Fotino, con quienes le comparó Melancthon¹.

¹ «Sed Paulus Samosatenus callidissime conténdit *logon* non esse personam, sicut in hominibus cogitatio hominis aut sermo non est persona sed quaedam hominis qualitas aut motus transiens.... Haec est Samosateni interpretatio, quam hoc tempore renovat et defendit Servetus ille Hispanus, editis libellis, sed confusissime.» (*Loco Communes*, apud Tollin, *Melancthon und Servet*, pág. 97.)

Más de una vez se ha notado que los italianos que abrazaron la Reforma fueron, en general, más lógicos y radicales que sus maestros; y lo que se dice de los italianos, puede aplicarse punto por punto á los españoles. Unos y otros resucitaron en el siglo XVI las herejías antitrinitarias, muertas y olvidadas muchos siglos hacia, y con ellas inauguraron el racionalismo moderno. Así Juan de Valdés y su discípulo Ochino, así Servet y Alfonso Lingurio; y en pos de ellos Valentino Gentilis, Juan Pablo Alciato, Mateo Gribaldi de Pádua, Jorge Biandrata, Nicolás Paruta, la célebre Academia de Vicenza, establecida por los años de 1546, y los dos Socinos de Siena, Lelio y Fausto, que difundieron la secta en Polonia y le dieron su nombre, secta de los *socinianos* ó unitarios, aunque pronto, por la desastrosa fecundidad que el error tiene, se subdividió en más de treinta escuelas menores, conformes sólo en la negación de la divinidad de Cristo, que es la grande herejía de los tiempos modernos. No sin razón acusaba Calvino á Servet de tener discípulos y secuaces en Italia. Bueno será advertir, sin embargo, que por haber sido Miguel Servet una alma naturalmente enamorada y mística, no es su unidad tan yerta, vacía y abstracta como la de los Socinianos (verdaderos deístas, por no decir ateos disfrazados). Para no caer en tan fría y vulgar impiedad le sirvieron de algo sus reminiscencias neo-platónicas. Y por más que llame *triteitas* á los ortodoxos, y diga que tenemos un Dios *tripartito*, y que somos ateos, *porque cuando debíamos pensar en Dios, nos divertimos á esos tres simulacros*, la verdad es que en el fondo de su alma quedaban semillas cristianas, y era, más que devoto, ébrio de Cristo, y su razón le decía que la unidad de los antitrinitarios no puede ser el Dios personal y vivo, acto purísimo, sino un ente de razón, un *status vocis*, en quien no se concibe operación y energía, si no se admite la distinción personal. De aquí ciertas felices inconsecuencias y contradicciones de su doctrina, que le ponen muy por cima de todos los Socinianos, y le hacen precursor de otras doctrinas un poco más altas, aunque no ménos erradas.

Y el grande error de Miguel Servet procede de que, imbuido hasta los tuétanos de las doctrinas neo-platónicas que en la Florencia del Renacimiento se predicaban, y áun cegado por reminiscencias y vislumbres de la escuela de Elea; deslumbrado por el principio de la unidad y consustancialidad de los seres, cree con Plotino que Dios es lo *Uno*, la unidad universal en su simplicidad perfecta, el ente universalísimo, pero abstracto, y que de Él emana el *Nous*, que es su especie ó reflejo; y que en el *Nous* se transparentan las ideas, el mundo

inteligible, realidad única, casi identificada con la inteligencia suprema; y que este mundo inteligible penetra el mundo material por medio del *Alma universal*, que en el sistema de Servet viene á ser el Espíritu Santo. Panteísmo entre emanatista é idealista, porque de todo tiene, pero no panteísmo psicológico y *egolátrico* á la moderna; *exopanteísmo* (concertado hasta cierto punto con la personalidad de Dios), y no *endopanteísmo*, en una palabra. La triada de Plotino había sido ya un desfigurado plágio de la Trinidad cristiana; en manos de Miguel Servet volvían las *hipóstases* neo-platónicas á confundir y embrollar el dogma, como en los días de mayor delirio de la *Gnosis*, y todo por esa suposición absurda de la realidad primera, que no es ente ni esencia, porque está sobre la esencia y el ente, y viene á confundirse con la nada: escollo en que tropezará siempre todo sistema unitario.

Y aún más que á Plotino se parece Miguel Servet á Proclo, cuyas obras con frecuencia cita, y se parece, sobre todo, en la doble consideración de *lo uno*, como cosa inimaginable é inaccesible en sí, pero á la vez esencia omniforme, y fondo y *substratum* de todos los seres. Y en Proclo está inspirada, á no dudarlo, su doctrina de los diversos grados de manifestación de Dios, ó sea de la *esencia unidad*: especie de proceso ó desarrollo, aunque en sentido inverso al de la *Idea* hegeliana.

Nadie formuló en los siglos XV y XVI con fórmulas tan crudas y precisas como Miguel Servet el misticismo panteísta de los alejandrinos. Los llamados neo-platónicos de Italia, especialmente Marsilio Ficino, eran mucho más eclécticos que él, y desde luego mucho más cristianos. Bien puede decirse que, si no desde Scoto Erígena, á lo ménos desde Amaury de Chartres y David de Dinant no había aparecido en la Europa cristiana un panteísta tan cerrado y consecuente como Servet. Bajo este punto de vista es un personaje aislado y solitario en nuestra filosofía del siglo de oro, aunque como neo-platónico tiene cierta lejana analogía con Júdas Abarbanel, ó sea Leon Hebreo.

En la hoguera de Miguel Servet acaba el panteísmo antiguo; en la hoguera de Giordano Bruno comienza el panteísmo moderno. No sé qué oculto lazo une éstos dos nombres y hace recordar siempre el uno cuando se habla del otro. Parecieron, no sólo en lo aventurero y errante de su vida y en el término desastroso de ella, sino en condiciones geniales, en el poder de la fantasía, en la viveza y lucidez, mezclada con extravagancia, de su entendimiento, y en la tendencia

sintética. Parécense también en la concepción primera de Dios como unidad vacía y abstracta, de la cual todas las cosas emanaron. Uno y otro profesan la doctrina de la sustancia única, y ambos aprendieron en libros neo-platónicos. Pero la doctrina de Bruno, como eminentemente naturalista que es, difiere en su método y punto de partida, aunque no en las conclusiones, de la doctrina idealista de Servet, y «no se puede confundir con la de los alejandrinos (diremos con Mamiani), porque en éstos toda teoría se subordina al concepto de la emanación, la cual, descendiendo á nuevas creaciones, se sutiliza y corrompe, como luz que cuanto más se aleja de su centro más se pierde y mezcla con la sombra: por lo cual, en esta doctrina la materia se estima cosa vana y casi próxima á la nada». Además, Bruno ya no es cristiano, sino absolutamente racionalista, y en esto difiere también de Servet, que á su modo era creyente fervoroso en Cristo, y le ponía como centro de toda su concepción teológica y cosmológica. Por el contrario, el Nolano escribe: «*Noi non cerchamo la Divinità fuor del Infinito Mondo e le Infinito cose, ma dentro queste et in quelle*». Pero la fórmula última de uno y otro es la misma: *esencia omniforme, unidad multimoda*. Parécense, finalmente, Bruno y Servet (aparte de sus herejías), en haber sido los dos hombres de ciencia y haber dejado su memoria unida á dos grandes adelantos científicos: el uno, al descubrimiento de la circulación de la sangre; el otro, al sistema copernicano.

Benito Espinosa se parece á Bruno y á Servet en cuanto panteísta: afirma, como ellos, que Dios es la causa *inmanente* de todos los seres (*Deus est omnium rerum causa immanens, non vero transiens*); que *nada hay fuera de Dios*; que *las cosas particulares no son más que modos ó manifestaciones de los atributos divinos* (*Res particulares nihil sunt nisi Dei attributorum affectiones*); que *la sustancia, en cuanto sustancia, no es divisible* (*Nulla substantia.... quatenus substantia est, est divisibilis*); que *la mente humana es una parte del infinito entendimiento de Dios* (*Mens humana pars est infiniti intellectus Dei*); pero no llega á estas consecuencias partiendo de doctrinas neo-platónicas, sino del concepto cartesiano de la sustancia, desarrollado por método geométrico. Tan cierto es que los caminos de errar son infinitos, pero todos vienen á dar al mismo punto.

Conviene añadir, aplicadas también á Servet, estas palabras de Wagner (pág. XXII), editor y comentarista de Bruno, que marcan bastante bien la diferencia entre el espinosismo y las dos concepciones panteísticas anteriores: «La idea del alma del universo, formadora,

vivificadora y artífice interno.... es un mérito de esta filosofía *nolana*, comparada con la de Espinosa, en cuya fría abstracción se coagula, digámoslo así, el oro liquefacto de la materia; y la individualidad se petrifica, ó más bien, se pierde en la absoluta sustancia».

Del moderno panteísmo alemán, que desciende unas veces de Espinosa y otras de Bruno, y se distingue, además, por notas y caracteres propios, no ocurre hablar aquí. Sólo apuntaré de pasada la semejanza que se advierte entre la concepción cristológica de Servet (que es lo más original de su sistema) y la del famoso *teólogo* (Dios me perdone la profanación de este vocablo) Schleiermacher, que en su oscurísima *Dogmática* (1821) habla de un Cristo, que ni es el de la ortodoxia, ni tampoco el Cristo puramente *histórico y humano* de los racionalistas, sino cierto ser superior, cuya perfección consiste en la *conciencia de Dios* y en ser el *tipo ideal* de la humanidad, y en cierta *comunicación primitiva* de Dios. Qué quería decir con esto Schleiermacher, negador vergonzante é hipócrita de la divinidad de Cristo, ni lo sé ni pretendo averiguarlo, ni quizá lo entendía él mismo. Sus doctrinas acerca de la regeneración y la Iglesia se parecen algo también á las de Servet, á quien sigue y admira en casi todo su expositor Tollin, verdadero *servetista*, educado primero por su padre en la doctrina de Schleiermacher.

Emilio Saisset ha condensado con felicidad las ideas capitales de la metafísica servetiana: «La clave de todas las dificultades que presenta está en que quiere ser á la vez cristiana y panteísta. Para resolver este problema insoluble, para reconocer en Cristo algo más que un hombre, sin ver en él á Dios misteriosamente unido con la naturaleza humana, Servet imagina un Cristo ideal.... intermedio entre el hombre y Dios. Es la idea central, el tipo de los tipos, el Adán celeste, el modelo de la humanidad, y por ella de todos los seres. Servet coloca entre la divinidad, santuario inaccesible de la eternidad y de la inmovilidad absoluta, y la naturaleza, región del movimiento, de la división y del tiempo, un mundo intermedio, el de las ideas, y hace de Cristo el centro de este mundo ideal. Así cree conciliar el Cristianismo y el panteísmo, templando el uno con el otro.»

¡Tentativa imposible y absurda, prueba clarísima de la contradicción interna que el error trae consigo, y de la necesidad de escoger entre Cristo y Belial! ¡Y todavía hay doctores españoles que ponen en las nubes los delirios de Schleiermacher, que tantos siglos há teníamos enterrados nosotros con Servet (de quien, por supuesto, no se acuerdan), y prefieren esas logomáquias y nebulosidades, peores

cien veces que las brutales negaciones de los positivistas, á la fórmula admirable de los Padres de Nicea! ¡Y esto en la patria de Oso! Conco que un español, si tiene la horrible desdicha de perder la fé de sus mayores, se haga ateo, panteísta ó escéptico; pero místico á la alemana, *protestante liberal*, arriano, teósofo é iluminado! Esto pasa los límites de lo heterodoxo y entra en lo grotesco ¹.

VII.—ALFONSO LINGURIO

HAY otro antitrinitario español, discípulo de Servet, según conjeturamos, y autor de una obra impresa; pero tan oscuro y olvidado, que ni aun los más diligentes historiadores de su secta hacen memoria de él. Pero la consigna Juan Cristóbal Sand en su Biblioteca con estas brevísimas palabras (pág. 40):

«Alfonso Lingurio, español, tarraconense. Escribió:

• *Libri quinque declarationis Jesu Christi Filii Dei; sive de unico Deo et*

¹ Además de las obras citadas al principio de este artículo, y para completar la bibliografía servetiana, mencionaré las siguientes:

Historia de morte Michaelis Serveti (de Pedro Hyperphrogenus Gandauensis), cum annotationibus Andreae Vaidovius (sociniano). Manuscrito citado por Sand.

La Bibliotheca Antitrinitariorum, del mismo Sand, en otra parte mencionada.

Las Vidas de Calvino, de Teodoro Beza y de Jerónimo Bolsec. (Colonia, 1582.)

En 1607 se grabó en Amsterdam el retrato de Servet (probablemente auténtico), acompañado de su biografía: de él proceden los que exoran las obras de Allwoerden, Willis, etc. El tipo representado es muy español.

Juan Preussius, sociniano del siglo XVII, escribió un *Carmen Polonicum* sobre la muerte de Servet.

Otros versos franceses, que La Roche inserta (pág. 82, tomo II de las *Memoirs of Literature*) como de autor anónimo que fingió haber asistido á la muerte de Servet y cuenta su contumacia en la cárcel y en el suplicio, son un plagio de los que Teófilo de Viaud hizo, imitando la narración de la muerte de Sócrates en el *Fedon*.

Pedro Adolfo Boysen, *Historia Serveti* (Wittemberg, 1712), breve disertación: el autor era luterano.

Histoire du Socinianisme divisée en deux parties... A Paris, chez François Barois, 1723. (En 4.^o)

El autor era un poco jansenista. Habla de Servet desde la página 213 á la 229, y no dice más que errores y fábulas, fuera de lo que tomó de Sand. Le hace catalán; supone que visitó por África y Polonia, etc., etc. Dá á entender, y quizá sea cierto, que Calvino era tan antitrinitario como Servet; pero que le quemó por apartar de sí toda sospecha.

Bibliothèque Raisonnée des ouvrages des savans de l'Europe pour les mois de Juillet, Aout, Septembre, 1728. Tome premier. Amsterdam, 1728. (En 8.^o; en la página 366 hay un artículo sobre la *Historia Michaelis Serveti*, de Allwoerden, escrito por un calvinista.

Antes de terminar este capítulo he tenido á la vista la edición latina del libro de Allwoerden, que antes conocía sólo en versión holandesa: *Historia Michaelis Serveti; quam præsidi Jo. Laurent. Moshemio, Abbate Mariaevallensi... Placido Doctorum examini, publice exponit Autor Henricus ab Allwoerden... Helmstadii.* (En 4.^o; 6 hojas de preliminares y 238 páginas, más una hoja de carta de Moshem á Allwoerden.)

unico Filio ejus. Le citan los ministros de Polonia y Transylvania en su confesión *De falsa et vera unius Dei Patris cognitione*: «Alfonso Tarraconense, que en sus cinco libros..... impugnó la doctrina comúnmente admitida de la Trinidad, y censuró egrégicamente la tiranía y soberbia de los modernos Aristarcos».

El mismo Sand, en su curioso, aunque breve artículo, acerca de Servet, transcribe (pág. 15) unas palabras de Lingurio ó Lincurio en el prefacio de su obra. Traducidas suenan así: «Miguel Servet ó Reeves, despues de haber pasado muchos trabajos en Alemania y Francia, pensaba irse á Venecia y publicar allí comentarios al Nuevo Testamento, lo cual hubiera hecho si en Ginebra no le hubieran preso. También pensaba publicar muchos sermones con estos títulos, *si mal no recuerdo: De la verdadera inteligencia de las Escrituras; De la causa de haber faltado la tradición apostólica; Del poder de la verdad; Del verdadero conocimiento de Dios; Del error de la Trinidad; Del Verbo y el Espíritu Santo; De la exaltación del hombre Jesús; De la naturaleza y misterio de los ángeles; Del celo y ciencia; De la eficacia de la fé; De la fuerza de la caridad; Del cuerpo, alma y espíritu; De los nacidos y regenerados; De la vocación y elección; De la presciencia y predestinación; De las obras y ceremonias humanas; Del bautismo de agua y espíritu; De la Cena del Señor; Del pecado y satisfacción; De la justificación; Del temor y amor de Dios; De la verdadera Iglesia; De la cabeza y los miembros; Del sueño de los Santos; De la resurrección de los muertos é inmutación de los vivos; Del día del Juicio; De la beatitud de los elegidos.*»

El libro, como se ve, existe, puesto que se citan de él tan largos pasajes; pero en ninguna de las Bibliotecas que he recorrido he logrado hallarle. ¿De dónde pudo sacar el autor noticias tan individuales y peregrinas acerca de las obras no publicadas de Servet? ¿Fué discípulo suyo? ¿Tollin pertenece poner en claro la figura de este desconocido personaje. ¿Ó no habrá tal español Alfonso, y será seudónimo de algun sociniano polaco? El nombre Lincurio, que nada tiene de español, me dá alguna sospecha.